



Madrid 8 de Octubre de 1861.

SUMARIO. ARTICULOS.—Condiciones indispensables para vivir en sociedad, por don Cayetano Vidal y de Valenciano.—Una niña al ángel de su guarda [poesia], por doña Maria del Pilar Sinués de Marco.—Historia: España goda, por don José S. Biedma.—La divina Pastora, por doña Angela Grassi.—Aventuras de un millonario [continuacion], por don E. Hernandez.—Jardines para niños, por A. P.—El pobre y el rico, por B.

GRABADOS. Constantino.—Ataulfo.—Walia.—El fruto vedado.

DEBERES SOCIALES AL ALCANCE DE LOS NIÑOS.

XII.

Condiciones indispensables para vivir en sociedad.



DEMAS de los deberes á cuyo cumplimiento está obligado el hombre, en los diferentes estados en que puede encontrarse durante su vida, es indispensable si quiere vivir en sociedad, que reuna ciertas condiciones, que si bien carecen de la importancia de aquellos contribuyen eficazmente al cumplimiento de los mismos. Hay mas aún: difícilmente llenará

Tomo II.

por completo su obligacion el que se halle desposeido de semejantes condiciones; pues ó bien no podrá realizarlas con aquella perfeccion que en su buen desempeño requieren, ó bien dando ensanches á la conciencia, llegará á prescindir del cumplimiento de su deber.

La *humildad*, por ejemplo, es una de las cualidades de que debe ir acompañada la limosna para ser perfecta; ¿crées, pues, que cumpliria con el sagrado deber de socorrer al necesitado, el que lejos de olvidar el beneficio que otorga, se enorgulleciera de él? Tenemos, pues, que la humildad es una de las condiciones de que debe estar adornado el hombre para vivir en sociedad. La posesion de ella le permitirá desempeñar otras acciones que, cons-

Núm. 38.

tituyendo por sí mismas virtudes especiales, son á la par otras tantas cualidades que ennoblecen al hombre y le hacen apreciable á los ojos de Dios y á los de sus semejantes. Una de ellas es el *perdon de las injurias*. Jesucristo con su omnipotencia nos dió el ejemplo, rogando á su Padre celestial se dignase abrir las puertas del Paraiso á los que le llenaban de ofensas y agravios. Justo es, pues, que en esto, como en todo, tratemos de imitarle, mayormente cuando nada ennoblece tanto al hombre como tender su mano al enemigo que le ofendió. Mas ventajas, muchas mas, tiene el perdon que la venganza, pues prescindiendo de que esta es propia de almas bajas é innobles, con ella crece la enemistad, y por medio del perdon, no solo se inutiliza al enemigo, sino que se ganan amigos la mayor parte de las veces.

Tampoco desempeñará con perfeccion los deberes que al hombre están impuestos el que se halla contaminado del ruin vicio de la *avaricia*. Sediento el avaro, pero con sed hidrópica de riqueza, goza solo en ver amontonado su caudal, que bien considerado, de nada absolutamente le sirve. Receloso de la humanidad entera, receloso hasta de sí mismo, solo se halla en su centro cuando encerrado en oscuro antro pasa y repasa sus caudales, que en cambio de la única satisfaccion que le ofrecen, le proporcionan terribles privaciones y le producen un terror extraordinario cada vez que reflexiona en que pueden serle sustraídos. Extraña aberracion la del avaro, pues en tanto que otros se afanan para ganar una miserable cantidad, con la cual proporcionanse el alimento á la vida necesario, él disminuye y hasta prescinde de él en ocasiones, con tal de aumentar en un solo maravedí el número de los que con su reprensible perseverancia ha ido atesorando, sirviéndole del mismo modo que servirle pudieran pedazos de carton. Rechaza, pues, la avaricia ya que es imposible que el avaro pueda socorrer con su dinero al mendigo y al necesitado, y que olvidará hasta la obligacion de suministrar á sus hijos la educacion correspondiente si calcula que debe disminuir

su tesoro. Debes, al contrario, procurar la circulacion del dinero, pues siendo un signo, mediante el cual se llevan á efecto la mayor parte de las transacciones, se perjudicaria al comercio, si fuesen muchos los avaros, y aun siendo pocos los que existen contribuyen á su paralización.

Otra de las cualidades de las cuales no puedes dispensarte es de la *gratitud*. Por pequeño, por humilde que sea, el beneficio que hayas recibido, nunca te creas libre de corresponder á él con la gratitud debida, ni presumas tampoco, que por prestar un beneficio igual ó mayor á la persona del cual lo recibiste, quedas dispensado de tu gratitud hácia ella: serás acreedor á su agradecimiento, como ella lo es al tuyo; pero nunca se paga un beneficio con otro. Tampoco el agradecimiento humilla, por el contrario, ennoblece; por consiguiente, lejos de ocultar á los ojos de los otros las muestras de tu consideracion hácia tu bienhechor, debes procurar demostrárselas públicamente siempre que se presente para ello ocasion oportuna. La falta de agradecimiento, sino supone carencia de buenos sentimientos, indica por lo menos necia vanidad ú orgullo ridículo, defectos ambos que el hombre debe evitar si quiere hacerse digno de vivir entre la sociedad.

La intemperancia en el comer y el beber, á la par que físicamente perjudica al hombre, lo rebaja de tal modo bajo el punto de vista moral, que lo coloca en un grado inferior al bruto. Este, obedeciendo á las leyes de su naturaleza, come ó bebe hasta tanto que ha satisfecho su necesidad; pero el hombre, dotado de criterio para conocer lo que le conviene ó le perjudica, olvida su superioridad sobre los demás seres si dejándose llevar del placer de los sentidos, se entrega á excesos reprensibles solo para halagarlos.

¿Hay cuadro mas repugnante y asqueroso que el del beodo, arrastrando por el fango las dotes preciosísimas que le concediera el Señor? ¿De qué le sirve el incomparable atributo de la palabra, si dejada sin freno ni razon ofende la moral pública, ó cuando menos escita el des-

precio de los demás? Evita tan torpe vicio, que despues de proporcionarte el desprestigio y hasta la odiosidad ó indiferencia de las personas sensatas, acabaria con tu salud, haciéndote por consiguiente uno de los séres mas infelices, falto de razon por haberte debilitado y hasta perdido á fuerza de excesos y sin el inestimable don de la salud.

Así como nunca debes hablar palabra que no sea verdad, jamás debes ocuparte en la *murmuración*, que sobre ser vicio en alto grado repugnante, se vuelve contra el murmurador. Siendo su principal objeto el hablar de los vicios y defectos del prójimo, ó por lo menos rebajar en cuanto se pueda la alta idea que se tenga de su mérito, naturalmente se opone á la caridad que debemos tener para con nuestros semejantes, caridad que consiste no solo en ocultar sus faltas, sí que tambien en disimularlas á los ojos de los demás. He dicho que la murmuración se vuelve contra el murmurador, y en efecto nadie resulta mas perjudicado que el que tiene tan torpe vicio, pues sobre faltar á uno de los preceptos impuestos por Dios al hombre, se enajena las simpatías de aquellos que convencidos de su maledicencia, temen ser víctimas de ella, y por tanto le abandonan, quedando aislado en medio de la sociedad.

Es tambien indispensable el valor, así para sufrir con paciencia y resignación los males y quebrantos á la vida inherentes, como para resistir á los halagos de las malas pasiones, y arrostrar los peligros en defensa de nuestros semejantes ó de la patria. Para esto es indispensable una indiferencia de sí mismo y un desprecio moderado de los bienes de la tierra. Difícilmente cumplirá como bueno el que á la idea de prestar un servicio anteponga el temor de perder, ó por lo menos arriesgar la vida, las riquezas ó la felicidad de vivir en su patria: ante la idea del deber sacrifica, hijo mio, estos objetos, por mas caros que parezcan á tu corazón, puesto que nada hay que pueda compararse á la dicha de haber llenado los altos fines para los cuales ha sido puesto el hombre sobre la tierra. Solo así puede adquirirse

aquella perfección compatible con este mundo de miserias.

(*Se concluirá.*)

CAYETANO VIDAL Y DE VALENCIANO.

UNA NIÑA AL ÁNGEL DE SU GUARDA.

—«Espíritu divino
Que entre los aires vagas
Y al trono de la Virgen
Conduces mis plegarias;
Tú, que mi dulce sueño
Proteges con tus alas;
Tú, que mi vida alumbras
Y mi inocencia guardas,
Guíame por la senda
De la virtud sagrada.

Un día oí en el bosque
Una armonía vaga....
Cantaban á la luna
Las tembladoras ramas,
Y de la clara fuente
Las trasparantes aguas:
—¿Oyes?—dijo mi madre—
¿Oyes, hija del alma?
A estas horas, del cielo
Los angelitos bajan....
Reza, hija mia, reza,
Que ya el día se acaba,
Y tu oración espera
El ángel de tu guarda,
Que ante la Virgen pura
Conducirá en sus alas!—

Me dijo ayer mi madre,
Santo ángel de mi guarda,
Que son las bellas flores
Que la pradera esmaltan
Del dulce lábio tuyo
La risa suave y casta;
Que son tu cabellera
Las nubes que brillantan
Al fin de cada tarde
La atmósfera azulada.
Por eso hoy he venido
Cuando la luna baja
A iluminar del bosque
Las tembladoras ramas.
Percibo de rodillas
El dulce són del agua,
Que es para mí el acento
Con que tu amor me llama.

Escucha hoy cariñoso,
 Escucha mi plegaria:
 Fervor, dáme en el rezo;
 Paciencia, en la desgracia,
 Y la mentira impura
 Del lábio mio aparta.
 La ley de la obediencia
 Acate resignada;
 Jamás, aunque me ofendan,
 Jamás agravios haga,
 Y sea de mis padres
 Consuelo y esperanza,
 Apoyo de sus años,
 Orgullo de sus canas.

¡Ah, nunca me abandones
 Mi salvadora guarda!
 Protejánme por siempre
 Tus impalpables alas;
 Conserve mi inocencia
 Su túnica nevada,
 Y cuando Dios me llame
 Conduce tú mi alma,
 Y acójala en tu seno
 La Virgen soberana.»—

Así dijo la niña:
 Su madre alborozada,
 La recibió en sus brazos
 Después de su plegaria,
 Y caminando alegres,
 Las manos enlazadas,
 Las dos desaparecieron
 Al fin de la enramada.

MARIA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

HISTORIA.

ESPAÑA GODA.

I.

Apenas puede concebirse espectáculo mas asombroso que el que presenta en la historia el imperio romano en el largo período de su esplendor y grandeza. Todo el mundo conocido, la Europa, el Asia y el Africa, escepto algunos pueblos rudos y salvajes, y aun estos vendidos y sometidos con frecuencia, estuvo regido entonces por un solo cetro, dirigido por una sola cabeza. Pero este mismo exceso de poder,

este lujo sin ejemplo de fausto y de riqueza, lanzó á los hombres llamados á ser absolutos señores de aquel extraordinario poderío, en todo género de debilidades y de excesos, y la misma divinidad á que se los elevó repetidas veces les hizo desvariar, olvidar lo que de humano tenían, y mancharse con una série de crímenes y bajezas, que son el reverso de aquel cuadro en que parece todo debia ser grande, bello y brillante. De aquí la decadencia y ruina del imperio romano. No teniendo enemigos extraños á que combatir, se dividieron entre sí, y Roma, la Italia despues, y luego el mundo entero, fueron el teatro de grandes guerras civiles, y el campo en que se levantaron, pelearon, vencieron y fueron derrotados repetidos usurpadores de la púrpura imperial. Como una tregua en esta revolucion inmensa, aparece Constantino el Grande, que despues de haber



Constantino.

abrazado el Cristianismo, vence á los diferentes tiranos que se disputaban el trono, y se proclama único y absoluto soberano. No hay quizá en toda la historia romana figura mas notable despues de la de Augusto que la de este hombre extraordinario, pero su misma grandeza le hizo cometer varios errores, que apresuraron la ruina del imperio. No fué el menor la traslacion de la córte á Bizanco, pequeña aldea entonces de la Tracia, y que llegó á ser

una de las ciudades mas célebres y poderosas del mundo, con el nombre de Constantinopla que tomó de su fundador. A su muerte dividió el imperio entre sus tres hijos, mas esta division no subsistió hasta que Valentiniano I cedió el Oriente á su hermano Valente, quedándose él en Roma como emperador de Occidente. Quizá habia llegado á ser necesaria esta medida, pues la lucha en que se hallaban empeñados los romanos parecia haber tocado al término que la designó la Providencia, enviando á unos pueblos extraños y poco conocidos á sentarse en el sólio de los Césares y repartirse el botin que habian reunido en sus guerras con todos los pueblos civilizados é incultos.

Las naciones del Norte dieron en un principio poco cuidado á los romanos. Habian vencido y sujetado á la Germania, dominaban á los francos, y no creian á los hombres de estos paises llamados á conquistar una independenciam de que con tanta facilidad los habian privado. Cuando se acercaron despues los godos, fueron tambien vencidos repetidas veces, y quedaron establecidos como aliados y amigos en las fronteras del imperio, donde daban auxilio á todos los descontentos y tomaban parte en todas las grandes revueltas. Contento acaso este pueblo con su humilde situacion, tampoco se creia llamado á superiores destinos, y sirviendo de barrera á otros pueblos mas bárba-

ros todavia que se hallaban detrás de él, esperaba tranquilo y satisfecho con la posesion de los vastos dominios de que se habia apoderado.

Mas de repente aparecen los hunnos, raza que apenas tenia apariencia humana, y derrotados los alanos que se les unieron, sometidos los ostrogodos ó godos orientales que se atrevieron á oponérseles al mando de Hermanrico, obligan á los visigodos ó godos occiden-

tales á pedir á Valente la entrada en el imperio. Accede con astucia este soberano, y aunque sus nuevos huéspedes cumplan con buena fé los tratados, receloso de ellos falta á su promesa y quiere reducirlos á la precaria situacion de súbditos suyos. Decláranle entonces la guerra, hácese con vario éxito, y acaso hubieran perecido los visigodos, reducidos por hambre y sitiados



Ataulfo.

por la superior táctica romana, si viéndose perdidos no hubiesen acudido á los hunnos, á los que pidieron socorro. Con este pueblo se adelantaron los alanos, los vándalos, los suevos y otras cien naciones aliadas suyas, y entonces se levantaron tambien los germanos y los francos, aumentando la universal confusion. El Oriente y Occidente sufrió una terrible convulsion, semejante al temblor de tierra, que habia anunciado todos estos grandes acontecimientos, y para salvarse tuvo que ceder aliándose á sus vencedores, recibéndolos en su seno, y dándoles parte de sus territorios y riquezas.

Los godos, antiguos aliados de los romanos, pueblo medio civilizado ya y convertido al arrianismo, fueron los que en esta gran revolución continuaron como auxiliares del imperio para llevar á cabo la grande obra de la pacificación, mas no se realizó esta sin repetidos sacudimientos, sin nuevas luchas y sangrientas guerras. Los visigodos mandados por Alarico devastaron por tres veces la Italia, se apoderaron y saquearon á Roma, y cuando dejaron ya pobre y arruinado al opulento pais donde vivió Augusto y cantaron Horacio y Virgilio, entraron en la Galia para obtener un establecimiento mas sólido y fijarse de una manera definitiva, habiéndolos precedido en este camino los alanos, los suevos y los vándalos, naciones mucho mas pequeñas, pero conocidas todas por sus devastaciones, sus asesinatos, sus incendios y sus rapiñas.

En próspero y floreciente estado la España, mas quizá que ninguna de las otras naciones del imperio, habia llamado la atención de todos estos pueblos ávidos de riqueza y de saqueo, y á ella vinieron despues de la conquista de Roma por Alarico, los alanos y los suevos, que se establecieron en Portugal y Galicia, y los vándalos y los silingos, que aunque hicieron corta morada en la Bética, cambiaron su nombre en el de Andalucía. Casi asolada por los bárbaros nuestra Península, cuando el imperio romano comenzó á recobrar algo de su perdido poder, y pensó en establecer la paz, se le indicó á Atila como uno de los países de

donde debia arrojar á los feroces guerreros que de ellos se habian apoderado. Este caudillo, cuñado de Alarico, se hallaba al frente de los visigodos desde la muerte del devastador de Italia. En un principio, en los primeros años de su advenimiento al sòlio godo, parece que solo aspiraba á esterminar el nombre romano y á sustituirle con el de su nacion. Su intencion era entonces hacer de su raza la raza do-

minante en el mundo, y que el imperio romano se convirtiera en imperio godo, aspirando á ser como Augusto el tronco de una nueva rama de emperadores; pero despues, cuando conoció que los godos tenían un carácter demasiado violento y salvaje para someterse á las leyes, cuando reflexionó que un Estado en que no se respetan las leyes por todos los súbditos no puede subsistir, adivinó que su salvacion y su gloria estaban en la restauracion



Walia.

del imperio romano, y quiso ser su restaurador.

Mas por desgracia no era Atila capaz de llevar á cabo tan brillante ensueño, que le ha atribuido Paulo Orosio, y parece indicó en sus conversaciones á San Gerónimo. Influyó tambien acaso mucho en su resolucion su segunda esposa Placidia, hermana del emperador Honorio, y con la que se habia casado, repudiando á su primera mujer, y llegó á tener una influencia absoluta en el ánimo de su marido, gracias á la superioridad de sus luces y miras políticas, y á su espíritu eminentemente religioso. Pero quizá este cambio, acaso su inmo-

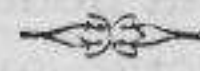
derado deseo de paz con el imperio romano en unos momentos en que todos los bárbaros solo pensaban en su destruccion, influyó en su desgraciada muerte. Apenas habia llegado á Barcelona, donde pasó con el objeto de hacer la guerra á los bárbaros que dominaban en España en los territorios del imperio, pues á él únicamente se le habia cedido la escasa parte situada entre el Segre y el Llobregat, fué asesinado por un esclavo de un godo principal, á que habia dado muerte, ó por su sucesor Sigerico, segun otra version bastante bien fundada.

Corrobora esta segunda opinion el que apenas elevado al trono el hermano del general Sarus asesinó á los seis hijos que habia dejado Ataulfo de su primer matrimonio, pues de el segundo solo habia tenido uno, muerto en corta edad; é hizo andar á su viuda Placidia, por espacio de doce millas, con los demas cautivos delante de su caballo. Corto fué el reinado de Sigerico. Los parciales de Ataulfo, tal vez los magnates visigodos, descontentos de su crueldad, le dieron muerte á los siete dias de su advenimiento al poder, eligiendo en su lugar á Walia, que hizo desde luego la paz con el imperio, devolviendo la hermana de Honorio, sin otra condicion que algunos escasos recursos de que tenia gran necesidad para subsistir su pueblo, devastado como se hallaba el pais por las continuas guerras de que era teatro. Empleáronse sus armas en contra de los vándalos, á que hizo salir de Andalucía y refugiarse entre los suevos de Galicia; tambien echó á los alanos de Portugal, y hubiera obtenido iguales ventajas sobre los suevos, si llamado á Francia por los romanos, que se atribuian todos estos triunfos, no hubiera fallecido en Tolosa, donde acababa de establecer su córte por la cesion que de la Aquitania le hizo Honorio en premio de sus grandes victorias.

JOSÉ S. BIEDMA.



LA DIVINA PASTORA.



TRADICION.

¡Oh que tarde de placer, querida Julia! Qué deliciosa tarde nos espera! Hé aquí dos cestitas cubiertas de frescos pámpanos: en una llevo el pan, humeante todavía; la otra la llenaremos con los frutos que los pródigos árboles nos regalen. Frugal es la merienda, pero estará sazónada con nuestra alegre charla.

Dáte prisa... monta en tu blanca jumentilla... yo montaré en la mia... Ah! la mia no tiene el pelo tan largo y reluciente, pero en cambio en sus grandes ojos se reflejan la mansedumbre y la paciencia. Llama á nuestro perro fiel, y en marcha, Julia, en marcha.

¡Oh, cuán sereno está el cielo! ¡Oh cuán hermoso está el campo! Bendita la primavera; pero bendito sea el otoño, bendito Dios que nos dá las variadas estaciones! Aquella es la imagen de la esperanza, ésta de los placeres realizados, tanto mas gratos, cuanto van á caducar en breve.

Mira, todos los árboles parece que están vestidos de fiesta! Mira aquel melocotonero, como cimbrea orgullosamente su dorada fruta, mientras los higos, de un negro aterciopelado, se asoman ruborosos por entre las anchas hojas. Este es un azofaifo que parece sembrado de rubíes, aquel un peral, y el que le sigue un almendro.

Mira aquí las vides, ocultando ávidamente en su seno los racimos, mientras allá el escaso ramaje parece arrojar lejos de sí á los aromáticos melones para ofrecerlos al sediento pasajero! Qué contrastes! Qué variedad de maravillas! Cuán alegre, cuán ufano está el agricultor al contemplar la magnífica recompensa de sus constantes desvelos! Ah! tambien el Recolector Supremo se alegra y regocija con los frutos de nuestras virtudes, Julia mia!.... Imitemos á la agradecida naturaleza, y ofrez-

cámosle en tributo las primicias de nuestras buenas obras...

Pero la cestita está llena : retirémonos á la sombra de aquel nogal y merendemos. Qué es esto , me rehusas mi parte en el botin? Dices que he trabajado poco? Acaso tengas razon, porque mientras tú aligerabas las ramas de su peso , yo me entretenia en hablar... Pues bien, para indemnizarte te contaré una antigua leyenda de mi pais, que la vista de esos frutos ha traído á mi memoria... Tal vez este recuerdo disminuya mi alegría , porque está ligado al recuerdo de mi santa madre!... Pero no importa : escucha...

En los bellos campos de la Lombardía, ese pais delicioso, que acaso no tenga rival en ningun otro de la tierra; á las orillas del risueño Adda, que espeja en sus ondas azules el cielo mas azul del Universo, vivian hace muchos, muchos años dos esposos labradores.

Habian tenido nueve hijos, y Dios se los habia arrebatado para aumentar el coro de sus ángeles, dejándoles solo el último para consuelo de sus viejos dias.

Se llamaba Pablo, y era tan hermoso, que escitaba la admiracion de cuantos le veían.

Pablo, á su extraordinaria belleza, unia un talento extraordinario y una sensibilidad poco comun; pero sea que el idólatra cariño de sus padres hubiese viciado sus nobles instintos, sea que su genio vivo y turbulento no le diese lugar á la reflexion, el caso es que Pablo afeaba tan bellas cualidades con gravísimos defectos. Era desobediente, caprichoso, pendenciero, era, en una palabra, como todos los hombres, siempre niños, que por cada accion laudable cometen mil desaciertos, y sin embargo están tan orgullosos de la primera, que dan al olvido los segundos!

Así Pablo, que se sentia con instintos generosos, y que se veia de todos halagado, con la mayor buena fé se citaba á sí mismo como ejemplo.

É iba creciendo en vicios y en virtudes; deslumbrando con su ingenio y travesura á cuantos lo conocian, menos á su buena madre, que aunque sin fuerzas para reprenderle, ro-

gaba todas las mañanas y todas las noches á la Virgen María para que abriese los ojos de su hijo á la luz divina y le corrigiese.

Habia muy cerca de su casa una huerta, parecida al jardin de las Espérides, cuyos muros eran altísimos y coronados de vidrios, y que estaba guardada por un dragon, cuya vigilancia nadie jamás habia podido sorprender. El dragon era su dueño, viejo octogenario y avaro, que se sentaba á la puerta con una enorme estaca, y sacudia sin misericordia á los muchachos que osaban acercarse.

No habia ejemplo de que durante su larga vida hubiese regalado ni un solo fruto, prefiriendo que se los comiesen los pájaros y las hormigas.

Un dia, los muchachos desafiaron á Pablo á que á pesar de su travesura cogiese un melocoton del melocotonero ingerto de ciruelo, que era único en aquellos alrededores, y descollaba pomposamente en el vedado Edén. Pablo, con su petulancia y con su ligereza acostumbradas, ofreció mostrarles uno antes de ocho dias, permitiéndoles, si no lo lograba, que le apedreasen.

Desde el momento de la apuesta, ya no pensó mas que en los medios de ganarla, porque estaba comprometido su amor propio; pero cuantas estratajemas le sugirió su ingenio, todas quedaron sin resultado.

Era ya el sétimo dia, y viernes por mas señas. Pablo daba vueltas alrededor de la huerta, sin saber qué partido tomar, cuando vió á una niña encaramada sobre una higuera, cuyas ramas casi tocaban á la tapia. Era Clara, la hija única del viejo Argos, que estaba cogiendo fruta para ir á venderla á la ciudad, como hacia todos los sábados.

Declinaba ya el dia, y Pablo adoptó una resolucion atrevida.

No era muy difícil escalar el muro por la parte de fuera; no debia serlo tampoco mucho descender al huerto; pero lo que le amedrentaba eran aquellos enormes pedazos de vidrio que tanto relucian al sol y que debian destrozarle.

Se proveyó de un largo cuchillo y de una cuerda, á la cual hizo muchos nudos, y des-

pues arrollándola bien y escondiéndosela en el bolsillo, se dirigió con toda la arrogancia de un conquistador hácia la huerta.

—Buenas tardes, dijo pasando por delante del viejo y entrando con aire decidido.

La sorpresa del guardian hizo que permaneciese inmóvil su formidable estaca.

—Adónde vas? le preguntó por fin lleno de cólera.

—Toma, adentro! respondió Pablo sin detenerse.

El viejo quiso levantarse, pero sus trémulas rodillas se negaron á obedecerle.

—Clara, Clara, Clara, vociferó fuera de sí.

—Porque llamas á Clara, dijo el niño con imperturbable serenidad, si vengo porque ella me ha llamado!

—Clara!

—Me ha dicho que le faltan muchos canastillos que llenar, y que no podrá hacerlo antes de la noche.

—Clara, Clara, Clara, volvió á gritar el viejo.

La niña compareció trémula y asustada.

—¿Con qué tú te atreves á mandar lo que yo no mando? Toma! toma! dijo su padre sacudiéndola dos buenos estacazos.

Clara prorumpió en sollozos.

—Vamos, vamos, dijo Pablo, no lo volverá á hacer; pero entretanto se ha perdido el tiempo, y si no se pueden recoger los frutos maduros esta noche, pasado mañana estarán podridos. Dejadme que la ayude.

Y sin aguardar permiso arrastró consigo á la pobre niña, que en vano trataba de defenderse.

—Calla, tonta, la dijo al oído. He visto que no podías con el trabajo, y me ha dado el

pensamiento de venir en tu socorro: Ea, ten tú la canastilla, que yo voy á encaramarme sobre la escalera, y verás que pronto concluiremos.

En efecto, pronto la cesta estuvo llena, y mientras la niña fué en busca de otra, Pablo con la ayuda del cuchillo hizo saltar gran parte de los vidrios, repitiendo la operacion cuantas veces Clara volvía la espalda. Cuando estuvo satisfecho de su obra, echó la soga al través de la tapia, y descendiendo rápidamente de la escalera, se dirigió á otro árbol muy distante.

De intento estuvo trabajando hasta que fué ya muy de noche, para que no echasen de ver lo que habia hecho, y luego se marchó; pero en vez de ir á su casa, se agazapó entre los cañaverales del rio. Cuando creyó que su enemigo estaría dormido, arrimó piedras y maderos á la tapia hasta que pudo alcanzar la cuerda, subió á lo alto, se

descolgó en el huerto, y llenó sus bolsillos y su pañuelo con cuantos melocotones quiso.

(Se continuará)

ANGELA GRASSI.

AVENTURAS DE UN MILLONARIO.

(Continuacion.)

IX.

LA TORMENTA.

El sol iluminaba débilmente la cumbre de los Pirineos cuando Eduardo, Raoul y Selim salieron de Bagneres.



El fruto vedado.

Alejado momentáneamente del mundo, y sin el estímulo del orgullo, parecía otro Raoul.

—Quiéres creer, dijo á Eduardo en un momento de expansion, que hay dias en que siento ser millonario? Me parece que cuando no lo era, era mas dichoso. El hombre rico pertenece al mundo mas que á sí mismo.

Una mirada de Selim, penetrante y sarcástica, bastó á hacerle arrepentirse de sus buenos sentimientos.

Despues de haber explorado los alrededores de Bagneres, notables por los puntos de vista que ofrecen, la pequeña caravana se detuvo para descansar, comer y proseguir su derrote-ro, señalado de antemano. Eduardo, sentado en el suelo y con el album sobre la rodilla, tomaba apuntes, y Raoul, recostado en el tronco de una añosa encina, platicaba con Selim, que permanecia en pié á respetuosa distancia. Hacia calor: la atmósfera enrarecida presagiaba una tormenta.

Raoul, levantándose precipitadamente, y dirigiéndose á Eduardo:

—No te parece prudente, le dijo, que regresemos á Bagneres antes que estalle la tormenta que amaga? Comienza á llover. Prepara los caballos, Selim.

Las nubes se rasgaron, y desprendióse de ellas un torrente de agua.

—A galope, exclamó Eduardo montando á caballo. Diez minutos nos bastan para llegar á Bagneres.

Los caballos, obedientes al doble impulso de la brida y de la espuela, partieron al galope.

De repente Raoul soltó las bridas, y exclamó llevándose las manos á los ojos:

—Dios mio, soy perdido!...

Un rayo acababa de caer á sus piés, despues de haber hendido el tronco de una encina. Una nube espesa y sofocante envolvió á los tres viajeros: los caballos, con el cuello tendido y herizada la cola, se detuvieron.

Selim rompió el silencio el primero: su acento no revelaba asombro ni pavora; era ridiculo, pero no cobarde.

—Estais herido?... exclamó echándose á tierra.

—No, le contestó Raoul.

Y encogiéndose de hombros con desden, prosiguió:

—No os parece abominable que un millonario, un conde, pueda ser herido y muerto por un rayo como un campesino? Debiera obligarse á la naturaleza á que estableciese distinciones entre los ricos y los pobres, los poderosos y los débiles; mientras esto no se consiga, la fortuna no constituye una verdadera ventaja. Pero qué le hemos de hacer? Ánimo y adelante.

Raoul y Eduardo, impresionados fuertemente por la eminencia del riesgo que habian corrido, espolearon sus cabalgaduras, que solo obedecieron á las caricias y las palabras de Selim.

Eduardo, con la cabeza inclinada sobre el pecho, como hombre decidido á todo y resignado con su suerte, no acertaba á esplicarse la conducta enérgica y generosa de Selim, que le habia sido siempre antipático por la bajeza con que adulaba á su amigo y los dañosos consejos que le daba.

Un grito de angustia, agudo y penetrante, arrancóle de su ensimismamiento.

—Habeis oido? exclamó deteniendo su caballo y dirigiéndose á Raoul y Selim. Un crimen se comete cerca de nosotros... Corramos en auxilio de la víctima.

Y desafiando la tormenta y la muerte, lanzóse á escape en medio de la espesura de donde habia partido el grito. Raoul y Selim le siguieron; éste espontáneamente, aquel por no quedarse solo.

Algunos minutos despues se hallaban en presencia de una anciana que hacia inútiles esfuerzos por sujetar una mula de que se habia apeado: un pastorcillo de corta edad, intimidado por la violencia del viento y del agua, contribuia á espantarla con sus gritos.

—Seais quienes fuereis, auxiliadme, y el cielo os lo premie, exclamó la infortunada estendiendo las manos hácia Eduardo, Raoul y Selim. Este muchacho, que me servia de guía, ó no conoce ó ha olvidado el camino que conduce á Bagneres...

Eduardo apeándose y saludándola cortesmente.

—Señora, la dijo, permitidme que os ayude á subir á mi caballo; yo montaré á la grupa del de mi amigo, y dentro de algunos minutos... Tú monta en la mula y síguenos, hijo mio.

—Agradezco vuestro ofrecimiento, pero no es posible que yo dirija el caballo en una noche como esta. Se encabritará y me despedirá de la silla.

—Yo iré á un lado, mi amigo al otro, y su ayuda de cámara delante.

—Gracias por el empleo que me reservas, exclamó Raoul. Pero ha pasado la época de la caballería andante, y francamente, no es cosa de que un conde sirva de guía y amparo al primero que tropieza en un camino. ¿Quiéres que entremos en Bagneres escoltando á una vieja andrajosa? Nos cubriríamos de ridículo... Síguenos ó permanece á su lado; yo continúo mi camino.

El vestido empapado en agua y destrozado por las ramas de las encinas, daban á la anciana, en efecto, la apariencia de una mendiga.

Eduardo, poseido de una justa cólera, iba á lanzarse sobre su camarada; pero la desconocida le contuvo.

—Pobre jóven!... exclamó; tiene mal corazón, no será dichoso.

Después señaló á Raoul el camino con un ademán imperioso, que revelaba hábito de mando.

Dominado por una fuerza moral superior á la suya, inclinó la cabeza, é hiriendo los ijares de su caballo partió al galope sin contestar una palabra.

—Perdonad á ese desgraciado, señora; una fortuna que no esperaba le ha vuelto loco... no sabe lo que dice ni lo que hace.

Y ofreciéndola la mano ayudóla á montar.

—Y vos? le preguntó la anciana.

—Yo iré á pié con la brida en la mano.

—No, os doy gracias por tanta galantería: ya os la recompensa la conciencia.

Media hora hacia que Eduardo avanzaba penosamente y no sin riesgo por el camino so-

litario, con el agua hasta la cintura: de tiempo en tiempo volvía la cabeza, y dirigía sonriéndose la palabra á la anciana. Pero llegaron sanos y salvos á Bagneres; en una de sus calles, que llaman la Mayor, tuvieron que detenerse para que no los atropellara una carretela arrastrada por dos magníficas yeguas: al pasar delante de ellos, partió un grito de su fondo y se detuvo instantáneamente.

—Ah! sois vos, madre mia!... Gracias al cielo! exclamó una señora apeándose, sin cuidarse del viento y del agua.

Eduardo sofocó una exclamación de placer: la dama del carruaje era la señora de B... y la anciana á quien tan eficaz y generoso auxilio habia prestado su madre.

(Se continuará.)

E. HERNANDEZ.

JARDINES PARA NIÑOS.

Unos 30 años hace que se fundó en Alemania un jardín para la educación é instrucción de los niños, y después de permanecer aislado é ignorado otros quince, se instalaron uno en Francfort y otro en Hamburgo, cuya sola ciudad posee hoy catorce de estos tan útiles establecimientos: en Suiza hay una veintena de ellos, y pasan de ciento los que existen en ambos mundos; sin que en España tengamos uno como es debido, aunque no há muchos años se estableció en Mataró un colegio que participaba algo de este sistema.

El fundador de los jardines, el buen Frœbel, atrevido génio alemán, encontró, como se ha dicho, lo que los sábios habían buscado inútilmente: el misterio de la educación. Y el creador de la nueva pedagogia, fatigado de las reiteradas preguntas de un niño, reflexionó sobre esa curiosidad inherente á su edad. « Puesto que preguntan desean saber; mas no preguntan apenas sobre el análisis lógico ó gramatical. Si su curiosidad se despierta, es sobre la naturaleza, las flores, los pájaros, las estrellas: todo lo que les llama la atención y

les interesa. Las cosas abstractas les enojan. Pues bien, dice, eduquémosles según sus gustos; ensayemos seguir las indicaciones de la naturaleza, y en lugar de abrir una escuela donde se fastidien, abrámosles un jardín donde se diviertan.»

Tal fué el origen de esas escuelas llamadas *Jardines para niños*.

Allí se reúnen los pequeños é inquietos discípulos respirando á la vez la alegría, la vida y la ventura. Una directora afectuosa y risueña les recibe como para una fiesta; y en los ejercicios que ella dirige no se pueden discernir los juegos de las ocupaciones. Hacen gimnasia sin saberlo, y bailan, cantan y se familiarizan con el ritmo musical y con la gracia de los movimientos. Adquieren paseándose mil nociones diversas sobre los objetos que les cautivan. Cada uno tiene su pequeño jardín, y se les explica cómo las plantas deben ser cultivadas, cómo se alimentan y producen sus frutos.

Algunas veces sirven estas nociones de punto de partida á la historia de las diferentes preparaciones industriales sacadas de materias vegetales; y al fin de cada año, los niños, sin un momento de fastidio, han adquirido mil pequeños conocimientos que preparan su inteligencia á diferentes direcciones aplicables á alguna profesión, y las han adquirido de una manera tan natural y tan fácil, que las consideran como una cosa necesaria.

Cuando el tiempo es malo se les ocupa en la sala de reunión. Cada uno tiene una pequeña caja llena de pedacitos de madera de distintas formas, con las que les hacen contar y conocer la numeración, y se les enseña á componer con ellos paredes, bóvedas, escaleras, etc., y explicándoles á la vez los principios elementales de estas diversas construcciones.

Tal es el método de Fröbel, que consiste en seguir en la instrucción el orden de cosas, sobre las cuales se despierta la curiosidad del niño, de manera que la enseñanza responda casi siempre á un deseo.

Nosotros creemos este método de grande utilidad, no como complemento, según tratan de presentarle algunos, sino como elemento

preparatorio para mas formal instrucción, y le recomendamos muy especialmente á los padres de familia y á los directores de las escuelas de párvulos.

A. P.

EL POBRE Y EL RICO.

Cuento de Grimm.

Murió una vez un pobre aldeano que fué á la puerta del Paraíso. Al mismo tiempo murió un señor muy rico que subió también al cielo. Llegó San Pedro con sus llaves, abrió la puerta é hizo entrar al señor, pero sin duda no vió al aldeano, pues cerró dejándole fuera. Allí oyó la alegre recepción que se hacia al rico en el cielo con músicas y cánticos. Cuando quedó todo en silencio volvió San Pedro, y mandó por último entrar al pobre. Esperaba éste que á su entrada volvieran á empezar los cánticos y las músicas, mas todo continuó en silencio. Le recibieron con mucha alegría, los ángeles salieron á su encuentro, pero no cantó nadie. Preguntó á San Pedro porqué no habia música para él como para el rico, ó si era que en el cielo reinaban las mismas diferencias que en la tierra.—No, le respondió el Santo, el mismo aprecio nos merece el uno que el otro, y obtendrás la misma parte que el que acaba de entrar en las delicias del Paraíso: pero mira, pobretones así como tú entran aquí á centenares todos los días, mientras que ricos como el que acabas de ver llegar, apenas viene uno de siglo en siglo.

B.

Por lo no firmado: el Director y Editor propietario, P. J. de la Peña

Editor responsable: D. Leon Moran.

MADRID: 1861.

IMP. DE M. CAMPO-REDONDO, HUERTAS, 42.